

na. Los males morales están directamente relacionados con la libertad humana y lo que se deriva de ella, aunque en ocasiones culpemos a Dios de acciones que simplemente son fruto del libre albedrío. En Dios poder y querer se identifican (p. 37). Además de ser todopoderoso, Dios es coherente, y a diferencia de los seres humanos no se contradice ni cambia las reglas del juego, de ahí que libremente haya creado al hombre libre con lo que ello implica (p. 39). Teniendo en cuenta esto puede afirmarse que Dios padece nuestras malas elecciones, y del mismo modo que le ocurre a una madre, no quiere que sus hijos sufran. Nuestro mal es el precio que pagamos por la libertad, y Él lo respeta, aunque en ocasiones pueda provocar sucesos extraordinarios.

Otra cuestión de la que el libro se ocupa es nuestro lamento por el mal que padecemos en primera persona, el que sufrimos más directamente: ¿Por qué a mí? Según el autor esta pregunta es absurda (p. 54), pues acerca de un caso individual no hay ciencia

posible. No podemos establecer una ley universal bajo la cual se integre todo lo particular, y más aún la individualidad dignificada que somos cada uno de nosotros.

Por último, resulta interesante destacar la invitación por parte del autor a contemplar la belleza de la creación y a no perder la admiración por el hermoso mundo conocido, ya que en ocasiones los males que nos acechan nos impiden disfrutar y valorar los bienes conocidos, especialmente si tenemos presente que Dios no quiere ensañarse con nosotros: «Es bastante claro: cualquier dolor, cualquier desgracia, no es nunca un castigo de Dios por nuestros pecados» (p. 83). Siguiendo a san Pablo, hay que vencer el mal con el bien, y, siempre que sea posible, hay que vencerlo además con alegría y buen humor (p. 115). Finalmente, la obra proporciona una bibliografía comentada, algo que puede ser útil para estudios posteriores o si se quiere seguir profundizando en el tema.

Carmen ROMERO

Javier ECHEVARRÍA, *Dirigir empresas con sentido cristiano*, Pamplona: Eunsa (Colección «Astrolabio», serie «Economía y Empresa»), 2015, 103 pp., 14,7 x 21,5, ISBN 978-84-313-3102-3.

Este breve libro reúne tres escritos del Prelado del Opus Dei y Gran Canciller de la Universidad de Navarra, dirigidos al IESE –la Escuela de negocios de esa Universidad– y a sus antiguos alumnos. Mons. Echevarría toma ocasión de algunos aniversarios significativos del IESE para abordar el trabajo empresarial desde una perspectiva cristiana y ofrecer una reflexión sobre el papel de la empresa y de los empresarios en la sociedad. El primer capítulo se titula «Dirigir empresas con sentido cristiano», el segundo «Exigencias éticas en dirección de empresas» y el tercero trata sobre el «Humanismo cristia-

no en dirección de empresas». Abre el libro un prólogo de Jordi Canals, entonces Director General del IESE, y flanquean los tres capítulos una introducción y un epílogo a cargo, respectivamente, de los profesores Domènec Melé y Antonio Argandoña. Estos profesores presentan de forma más sistemática las aportaciones más significativas de los tres escritos: sus fuentes de inspiración, la visión de la empresa que implican, los rasgos característicos del espíritu cristiano en el trabajo empresarial, la visión antropológica subyacente o el perfil de directivo cristiano que se puede entresacar de ellos.

Mons. Echevarría enmarca el trabajo empresarial en los textos evangélicos en los que «Jesús muestra su aprecio por quienes hacen rendir con rectitud los medios materiales, tan necesarios para que los hombres lleven una vida digna» (p. 47). El autor subraya así desde el comienzo la idea de fondo de todas las intervenciones: para dirigir empresas con sentido cristiano, Jesucristo constituye, con su palabra, su ejemplo de vida y de trato con todas las personas, la referencia primordial para el hombre y la mujer de empresa. Las enseñanzas de Cristo permiten delinear una justa jerarquía de valores en la que la búsqueda de beneficios tiene un lugar instrumental: «buscar las ganancias, sí, pero, a la vez, afán de servir, con desprendimiento personal, con austeridad, abiertos a un mundo y a un tiempo que están llenos de necesidades» (p. 50). Por eso, sin olvidar los fines económicos, una empresa «puede y debe contribuir, además, al bien de otras instituciones, de otros intereses, como la ciudadanía, las familias, y muchos grupos sociales. Hacen falta directivos y empresarios que se sientan muy sensibles ante estas realidades del entorno de la empresa» (p. 53).

La propuesta de Mons. Echevarría descansa, lógicamente, en la visión de la empresa característica de la Doctrina Social de la Iglesia: la empresa es una comunidad de las personas que presta un formidable servicio a la sociedad desde múltiples puntos de vista: «crea empleo, proporciona bienes y servicios, mejora la eficiencia, distribuye la riqueza, contribuye al bienestar: es un gran bien social» (pp. 52-53). Uno de los aspectos más sugerentes es que el autor, inspirado también en el pensamiento y la predicación de san Josemaría Escrivá, sitúa el trabajo directivo en el marco más amplio de la convivencia en la empresa; una convivencia que va de la reciprocidad a la donación mutua en un servicio de unos a otros. La experiencia pastoral del autor le hace consciente de las dificultades que en-

traña el trabajo cotidiano en equipo, un trabajo que está expuesto a la amenaza de «envidias, rencores, discordias, agravios personales, e incluso lógicas diferencias de carácter o de legítimos puntos de vista» (p. 35), y por eso señala también qué recursos posee un cristiano para superar esos obstáculos.

En cuanto a los directivos, Mons. Echevarría resalta ante todo la importancia de la virtud de la caridad, que transforma la inteligencia y la voluntad y lleva a querer a las personas con un trato individualizado y abierto al diálogo personal. La caridad implica a su vez la competencia profesional y la justicia, y todo ello ha de estar sellado por la coherencia personal o unidad de vida: «ser coherentes con las propias convicciones, ejemplares en la conducta, amables en el modo de tratar a los subordinados, solícitos en la formación de los colaboradores, justos a la hora de organizar el trabajo y de valorar la actividad realizada, prudentes para resolver los problemas que se presentan, fuertes para afrontar las dificultades» (p. 52). Por otra parte, la visión teológica del ser humano y del trabajo, lleva al autor a sugerir que «más allá de los proyectos ambiciosos y de la consecución de grandes beneficios, lo más importante en una empresa se concreta en promover el bien de las personas que allí despliegan su actividad o mantienen relaciones más o menos estables con esa iniciativa» (p. 61).

Este libro ensancha los horizontes del trabajo directivo en la empresa e invita a la reflexión no sólo a hombres y mujeres de empresa sino también, y me parece que de manera particular, a quienes trabajan y enseñan en escuelas de negocios, tanto si éstas tienen inspiración cristiana como si no. La única condición es que aspiren a formar personas que dirijan empresas de un modo más humano y preocupado por la buena marcha de la sociedad.

Gregorio GUITIÁN